

PENSAMIENTO

Magnitud de lo pequeño

Para Tarde, la mentalidad colectiva nace del trabajo de mentes individuales, no es conciencia supraindividual

Por Manuel Delgado

HAY QUE LEER A Gabriel Tarde. Los últimos tiempos no han hecho más que insistir en la urgencia de rescatar a este sociólogo enterrado bajo el modelo teórico que impuso, en el arranque mismo de su disciplina en el siglo XX, la escuela de Émile Durkheim. No siempre explicitándolo, asumieron su herencia los etnometodólogos y los teóricos de la conversación, atentos a lo que podía antojarse fútil de la vida cotidiana. La memética de Richard Dawkins tampoco le es ajena. Gilles Deleuze nos hizo notar cómo Tarde entendió antes que nadie la importancia clave que pueden alcanzar aspectos diminutos de la realidad. Los divulgadores de la teoría de los sistemas complejos, como Ilya Prigogine, reconocieron en este sociólogo una primera visión del efecto mariposa también en el mundo humano. Bruno Latour ha mostrado a Tarde como el precursor de su tesis del actor-red. Hoy cabe hablar de una suerte de *tardomanía* para aludir al consenso sobre el valor anticipatorio de una filosofía social como la suya.

El mercado editorial en español no acaba de responder a esa resurrección de Tarde. La argentina Cactus ha sacado su clásico *Monadología y sociología* y la compilación de textos *Creencias, deseos, sociedades*; el CIS, *Las leyes de la imitación*, y estamos a la espera de que Taurus reedite *La opinión y la multitud*. Para aliviar tal anomalía nos llega *Las leyes sociales*, publicado originalmente en 1898 y enmarcado ahora en una colección que merece el mayor elogio: Dimensión Clásica, a través de la cual Gedisa nos está brindando pequeños tesoros poco o mal conocidos de los fundadores de las ciencias sociales: Marx, Simmel, Durkheim, Weber...

Como se sabe, la teoría durkheimiana se asentó en un positivismo tranquilo, una especie de física celeste hecha de trayectorias dinámicas majestuosas y solemnes. De acuerdo con ello, los hechos sociales de-



"Hay que explicar las semejanzas de conjunto por acumulación de pequeñas acciones", escribió Gabriel Tarde. En la imagen, *Divisor*, un proyecto de la artista brasileña Lygia Pape.

bían ser entendidos como entidades que subsunían elementos moleculares insignificantes para un conjunto al que se atribuía conciencia y organicidad propias. Desde esta perspectiva, el acontecimiento minúsculo o la iniciativa individual eran irrelevantes en relación con lo social como totalidad trascendente y cuasidivina. Frente a esta idea, Tarde postuló lo que vendría a ser una física de los microprocesos, para la que la integración orgánica y coherente de elementos se veía sustituida por un tropel confuso de colisiones, encabalgamientos, acoplamientos irregulares y provisionales, turbulencias..., todo ello protagonizado por partículas de naturaleza inestable. Este funcionamiento crónicamente catastrófico no equivalía a desorden, sino a un metabolismo que coordinaba endógenamente una inmensidad de microfactores en permanente agitación. Como apunta Prigogine, la de Tarde era una sociología *vulcaniana*, opuesta a la sociología *neptuniana* de Durkheim, sosegada, obsesionada con el orden y su reproducción.

A Tarde le fascinaba cómo se producían cambios estratégicos en los estados de ánimo colectivos y cómo esos cambios podían ser la consecuencia de la aparición de factores nuevos, ajenos al sistema social dominante. Se trataba de momentos especiales en que irrumpía, de manera en principio discreta o larvada, una estructura temporal nueva, un fenómeno parecido al que

contemplan los teóricos del caos cuando reconocen el momento en que un determinado orden macroscópico se pone a temblar al alcanzar umbrales críticos ciertas perturbaciones locales al principio ínfimas. Tarde propuso, sin que la historia de su disciplina le siguiera, ignorar como secundario lo que la sociología oficial enten-

Según Gabriel Tarde, es la circulación por contagio de ideas y sugeriones —la imitación— lo que conforma la sociedad

dería como fundamental: las grandes sedimentaciones sociales, el trabajo de las instituciones, el valor de las cifras masivas. Había que pasar ahora al estudio de las semejanzas y repeticiones mínimas, de aspecto más simple, pero más complejas en realidad y, por tanto, más difíciles de entender. Escribe Tarde en *Las leyes sociales*: "Hay que explicar las semejanzas de conjunto por acumulación de pequeñas acciones elementales, lo grande por lo pequeño, lo general

por el detalle". Y en otro punto: "Todo procede de lo infinitesimal, y, añadimos, es probable que todo vuelva". Una vuelta fue consecuencia de un inicial susurro al oído de alguien; la invención de la rueda ocurrió en el cerebro de un individuo que, en soledad, cayó de pronto en la cuenta de algo.

Frente a Durkheim, para quien los contenidos de la conciencia individual son la consecuencia de la coacción social, para Tarde es la circulación casi por contagio de ideas y sugeriones —la imitación— lo que relaciona espíritus y voluntades para conformar con ellos eso que llamamos sociedad. La mentalidad colectiva no era tanto una conciencia supraindividual, a la manera como sostuvo la sociología luego hegemónica, como el resultado del trabajo interminable y tumultuoso de mentes individuales que se transmitían unas a otras sin parar impresiones, sentimientos o concepciones. Ahora bien, lo que Tarde llamaba imitación —y que no es sino comunicación— no solo socializaba lo individual, sino que también lo perpetuaba, aunque fuera poniendo de manifiesto su naturaleza igualmente compuesta, compleja y conflictiva. También el individuo, como cualquier otra sociedad, se nutre de lo mismo que le altera. Lo necesita. •

Las leyes sociales. Gabriel Tarde. Traducción de Eduardo Rinesi. Prólogo de Bruno Latour. Posfatio de Daniel Sazbón. Gedisa. Barcelona, 2013. 175 páginas. 13,90 euros.

La sociedad literaria contra las cuerdas

No tan incendiario (Textos políticos que salen del cenáculo)

Marta Sanz
Periférica. Cáceres, 2014
190 páginas. 14,75 euros

Por Jordi Gracia

ESTE LIBRO ES UNA CONFIDENCIA articulada y un alegato vibrante. Es también un ensayo culto de una persona culta que decide perder las buenas formas y poner contra las cuerdas a sus propios colegas de afición y, en alguna medida, de oficio: la sociedad literaria. Expresa una carencia literaria en forma de amputación civil: ¿adónde ha ido a abrevarse la literatura para que tantos lectores sientan que ya no atañe a ciudadanos cargados de impaciencias sociales, políticas o ideológicas? ¿Por qué la narrativa no satisface la exigencia de una mirada analítica que descubra y deplora el comportamiento del poder o los desmanes de

la economía? Demasiado complaciente, demasiado irónica, demasiado artificiosa, demasiado burguesa.

A Marta Sanz no le basta ya la dosis de aliento crítico que la narrativa ha puesto en marcha en democracia porque la democracia ha cambiado mientras la literatura reacciona con mucha lentitud. Lleva todavía pegados a la piel los hábitos de una novela inquieta por el uso turbador del pasado, por la farsa del poder, por la inquietud de ser feliz, los dolores de corazón o las traiciones ideológicas. De todo esto se ha nutrido la mejor novela de la democracia y sin embargo ha dejado de ser suficiente desde una óptica de izquierda crispada e impotente frente a la omnipotencia de un sistema abusivo y explotador. Con lucidez, con franqueza y sin hachazos, Marta Sanz piensa las condiciones de una "cultura de izquierdas" que deje de transigir con lo intolerable y aspire a levantar mapas éticos y morales que desestabilicen las mentiras consentidas y en el fondo

las inercias y conformidades de la misma sociedad literaria. No ha estado ausente ni se ha puesto toda de perfil: enumera y destaca títulos consecuentes con esa aspiración, aunque no todos estemos de acuerdo en todos los títulos.

Su impaciencia irritada no sermonea, pero aduce más de una vez objetivos posibles para esa literatura: escribir "feo de lo feo" y escribir contando (también) con los precios del mercado de hortalizas y legumbres (y no solo con los réditos del otro mercado, demonizado aquí un tanto expeditivamente, como un tanto desaprensivamente se juzga la pluralidad de intenciones de los escritores). El mercado se lleva unos cuantos garrotazos pero no siempre se deduce en la cabeza de quién caen, como no sea la de los propios autores despreocupados de las condiciones de subsistencia y opresión (real, nada de fabulada ni ensimismada) de los más desfavorecidos. El esquema es claro pero quizá insuficiente: reprueba la claudicación al

gusto de los lectores —vampiros, templarios, mileniums— como si los autores de esos libros incurriesen en alguna forma de culpa o vicio. Pero yo no lo veo: se ganan la vida haciendo libros banales y reiterativos que a la gente le gustan mucho.

Los que puedan, los que sepan, los que se atrevan y tengan el talento para hacerlo, deberán actuar igual pero al revés: escribir sin corrección política y atrapar desde su *fealdad* a lectores que sientan latir en nuevos libros una forma de verdad necesaria, sucia, distinta, desoída y liberadora. Muchos de los lectores aficionados —yo no lo soy— a la novela policíaca nórdica aseguran que eso es lo que sucede con ella y leen ahí libros adictivos para un análisis desprejuiciado y ácido de las relaciones de poder, la marginación social, el cinismo institucional y el abandono despótico de grandes masas de personas. Yo lo ignoro por completo, pero sé que a Marta Sanz le parece muy poca cosa *Millennium* (yo no pasé del primer tomo) y sé también que Vázquez Montalbán dio con una forma de dignidad ideológica y decencia literaria al armar sus primeros *carvalhos* y es lo que en su propio modo ha buscado hacer Marta Sanz con su personaje Arturo Zarco: ser consecuente. •